

# HACIA LA CRITICA

Preparar este número de la revista fue, a la vez, reflexionar sobre el espacio que hemos intentado delimitar con nuestra práctica.

*Los Libros* se inscribe en una zona que se define por la producción de ideologías (en la que se ubica el campo de "lo cultural") para diseñar una propuesta: la crítica a la forma de producción de la cultura dominante. Y esto significa articularse en el contexto de la lucha de clases en la Argentina.

La literatura, recorte que las retóricas practican sobre textos realizados o posibles, invoca y provoca diversas escrituras críticas que mantienen con ella una relación "explicativa" y culpable. Hablar de la literatura, a la vez que fija y señala una actitud, supone una teoría y una posición política, así como una reflexión sobre la ideología que conlleva la relación que se establece entre teoría y política.

La crítica en la Argentina ha hablado sobre la literatura para encubrir sus relaciones, para escamotear su inserción en el mercado, para ocultar las condiciones de su producción.

Pero puede pensarse una crítica como arma de lucha ideológica en la construcción de un discurso teórico que (aunque sea con instrumentos y conceptos provisionales) abra la posibilidad de una inserción revolucionaria para su práctica: una crítica de ruptura y restitución.

Ir hacia esa crítica implica definir algunos puntos de partida. Existe una ideología de la literatura que se corresponde con una ideología de la crítica: el centro es la naturalización de las relaciones de producción y sus consecuencias la naturalización de las relaciones entre una práctica, la escritura y la producción.

Se producen textos, pero sólo algunos son legitimados como literatura. La demarcación, mágicamente fundada en la ideología y confirmada en diversas "tradiciones literarias", abre un abismo entre los textos legítimos y los otros. Franquear ese abismo implica develar una relación de propiedad: la de la retórica, los verosímiles, los códigos específicos. Sobre esta "apropiación" se articula y se define el sistema de la literatura, creado por la crítica y reconocido luego por ella como natural. Este sistema (fuertemente codificado y convencional) es elevado por la clase que tiene los medios de producirlo a la condición de Literatura, de única escritura posible.

Y es precisamente cierta crítica la que viene a rubricar con el gesto de la interpretación esta *legalidad* basada en la represión de otras escrituras y lecturas posibles. Porque el sistema de la literatura no sólo produce textos, sino que produce lecturas, así como un determinado sistema de producción no sólo elige sus escritores sino que también elige y produce sus lectores.

El mercado es precisamente el espacio en que la literatura se encuentra con sus lectores a través de un proceso de distribución, circulación y consumo de ciertas escrituras. Existe entonces un ámbito institucional donde la circulación de los "significantes" se articulan en el "significado" de una función: el de las ideologías que una clase impone como dominante y cuya función radica en el encubrimiento de las relaciones que la producen.

El mercado comparte su poder con la escuela, definida como un proceso de transmisión obligatoria que califica socialmente a quienes tienen la suerte de pasar por la violencia que su adiestramiento implica. Es necesario describir sistemáticamente lo que se pone en juego en el "dictado", en las "redacciones", en el fetichismo de la ortografía, como primera relación con la escritura. Escribir bien es un poder y un emblema de poder: por eso hay que saber qué significa este *bien* (en el sentido en que se habla de tener bienes).

En la clase productora (a quien se le sustrae junto a los medios de producción los medios de comunicación) la literatura es un chiste, una fabulación, un rumor, una novela familiar: palabras que permanecen al margen de la imprenta, en tanto ésta funciona como instrumento de legitimidad social que sólo intenta imprimir lo que la clase dominante piensa como digno de ser *estampado*, perpetuado.

Una clase social es también un estilo. La literatura sirve, en el peor de los casos, para exaltar el estilo de las clases dominantes: la relación entre escritura y poder es compleja, pero su existencia de hecho puede detectarse en las formaciones de la retórica de los discursos, de las informaciones oficiales, incluso en la retórica de los diccionarios.

Desde la familia (pasando por la "escuela" en tanto institución/es legitimadora/s) se va constituyendo un campo de relaciones verbales donde tabúes y jerarquías delimitan la inserción significativa en el sistema social.

El chico aprende una jerga familiar, luego debe aprehender una lengua "nacional", en el interior de la cual hay unos textos que son propuestos por la sociedad como su máxima expresión (el papel de la ideología del ochenta hasta Güiraldes, es fundamental en la "formación" literaria reproducida por nuestras instituciones).

Para que un lector genérico pueda convertirse en lector de "literatura" es necesario que su conciencia pueda organizar la posibilidad (ideológica) de asumir ese lugar que le permita situarse en relación al discurso literario, acatando lo específico de una organización textual con sus tiempos, sus modos, sus aspectos, sus reglas previamente "internalizadas".

Las instituciones se articulan con el mercado de una manera compleja. Hoy podemos ver cómo el periodismo promueve el lenguaje como transparencia en literatura (lo que quiere decir, como "expresión"), bajo la máscara de una ideología "progresista" que quisiera testimoniar —se nos dice— el orden y el desorden del mundo.

De esta manera, la expresividad —esto es, un complejo de efectos de la estructura social— vuelve a encabalgarse sobre el desconocimiento de esa misma estructura: el naturalismo es avaro, porque supone que puede apropiarse de lo "real" mediante su evocación, mediante una ideología mágica de la convocación. No basta hacer hablar a una prostituta, como en alguna "historia de vida" para saber cuál es la verdad que su lenguaje transporta.

Problemas a resolver. Situar el campo desde el que debemos preguntar es la única manera de desmontar las "respuestas" que sólo ocultan mal la carencia de una pregunta que no supieron formularse: ¿por qué algo es legible como "literatura"?

Para la crítica se abre un camino que consiste en inventariar los códigos inmanentes a la estructura social (sus lecturas que son organizadoras de escrituras) para ubicar entonces la especificidad de lo que se llama "literatura".

Es necesario pensar que no hay estéticas trascendentes sin una clase social que imponga su lenguaje al resto de la sociedad.

El sistema de la literatura, las instituciones que lo transmiten de una generación a otra, cada texto específico en su relación con el sistema literario, la articulación de este sistema literario con la ideología de las clases dominantes, etc., son objetos de una crítica donde la lingüística, el marxismo, el psicoanálisis, incluso la antropología (en sus investigaciones sobre estructuras míticas) deberán encontrar un lugar.

Una crítica política de la cultura debería escribirse señalando un texto posible —el que dé cuenta de la ideología y de los productos de la cultura dominante— y un texto futuro: el que pueda ser escrito rompiendo los límites impuestos por las relaciones de producción capitalista.

Este número de *Los Libros* ha tomado como eje temático a la crítica, para tratar de explicitar de qué manera se articula hoy esta problemática en la Argentina. Nos interesaba averiguar algo sobre lo que las preguntas realizadas explicitan y sobre lo que se evoca en este texto. Las preguntas fueron formuladas a Noé Jitrik, Santiago González, Adolfo Prieto y David Viñas, que no contestaron. Obtuvimos las respuestas de Aníbal Ford, Luis Gregorich, Josefina Ludmer, Angel Núñez y Ricardo Piglia, incluidas a continuación.

1. Desde el comienzo de la escuela se va internalizando una ideología de la literatura, definida por el lugar que se le asigna a la misma, la "función" que se le define, etc. ¿es una tarea de la crítica la de definir y precisar los efectos que esta ideología tiene en nuestra manera de leer literatura?

2. Si es verdad que en nuestra sociedad existen simultáneamente muchos códigos de lectura (según las clases sociales, los diversos grupos, etc.) ¿la crítica deberá privilegiar alguna de esas perspectivas ya dadas o crear teóricamente su propio código?

3. En la producción de un texto literario se ponen en relación varios sistemas (económico, ideológico, estético, etc.) ¿puede la crítica dar cuenta de las relaciones que existen entre estos sistemas y lo que resulta socialmente "legible" en un momento dado?

4. ¿En la actual crítica literaria argentina cuáles serían las posibilidades teóricas y prácticas que permitirían dar cuenta de la relación entre los sistemas extraliterarios (económicos, políticos, etc.) que están en juego en la producción de un texto, y el texto mismo como sistema? ¿Cuáles son los límites que impiden este proyecto o, en todo caso, el proyecto crítico que usted crea pertinente?

## Anibal Ford

1. Contesto a pesar de que *nuestra* hace imprecisa la pregunta (*nuestra*: ¿de quién? ¿de occidente? ¿de la sociedad capitalista? ¿de algún sector de la sociedad argentina?). Pienso que las maneras realmente vigentes de leer literatura no son fundamentalmente determinadas por la escuela sino por todo el sistema socio-cultural. Pero dentro o fuera de la escuela no puedo separar la "manera de leer" de los textos leídos sin atomizar tanto el análisis como el proceso cultural. La pregunta pareciera desentenderse de lo que se lee, como si el corpus de textos escolares existente fuera el único posible, lo cual no es así como lo pone en evidencia un análisis político-cultural que integre las categorías de clase y dependencia. Y ese corpus, con sus maneras de leer correspondientes (la lectura confirmadora de *Facundo*, la lectura escamoteadora de *Martín Fierro*), que es o fue seleccionado a partir de los intereses ideológicos, y también directamente económicos (los de la industria de los textos escolares) correspondientes a líneas que van del nacionalismo oligárquico al liberalismo reformista, actúa no tanto sobre el comportamiento posterior frente a la literatura (más bien se desconecta de él) sino como refuerzo de una interpretación de la historia de país acorde con esos intereses. El análisis de todo esto es una de las tareas que debe emprender la crítica en la cual vale pero no puede ser aislada la tarea a que hace referencia la pregunta.

2. Creo que para la crítica literaria la opción planteada por la pregunta es inexistente. El "encierra" en un código propio es parte de una zona o de un momento de la investigación literaria. Esa zona provee al crítico de una terminología, de una metodología, de "conciencia" sobre los múltiples niveles y maneras de significar de la obra, pero no puede ser erigida en crítica. (Basta mentar las crisis y las limitaciones de las líneas ortodoxas de la vieja retórica, de la estilística, del formalismo ruso, de la

"ciencia de la literatura" alemana, del "new criticism", de la fenomenología, del estructuralismo, es decir de las grandes proveedoras de un aparato sin el cual tampoco hay crítica). Y es que la crítica se define básicamente no a partir de la descripción de estructuras, en sí neutras, sino del estudio de la interrelación entre el sistema de la literatura y los otros sistemas, en un contexto histórico concreto que no abarca sólo la obra sino también su producción y su consumo. Si no ¿cómo interpretar sus significados, su rol político-cultural? ¿desde dónde elaborar un juicio? ¿cómo hacer crítica y no pura descripción o formalización? En síntesis: a mi juicio la crítica integra las dos instancias que articulan la opción de la pregunta. (Y naturalmente muchas otras, como la que ésta pareciera pasar por alto: la existencia, junto a los diversos códigos de lectura, de diversas culturas, según clase, grupos, etc., con sus propios textos).

3. Puede y debe y en parte me remito a lo anterior. Además si se toma en cuenta la producción por qué no se va a tomar en cuenta su consumo sin cuyo conocimiento no se puede emitir un juicio global sobre el papel que juega una obra en una sociedad y en un momento dados. Por otra parte la dirección no es sólo obra-público sino también la inversa. De diversas maneras, y no sólo como mercado, los receptores determinan el mensaje en múltiples planos e influyen en los procesos de cambio que se producen en el sistema de la literatura. (A este altura el cuestionario quiere obligarme a preguntarme no sólo si puedo, o estoy en condiciones, de poner en relación a la literatura con la historia sino también a preguntarme si la literatura es un sistema de comunicación. Es casi el "vaciamiento" de la literatura como proceso cultural).

4.a. Las posibilidades parciales que se dan en cualquier otro lado. Lo que no quiere decir que medios y resultados deban ser los mismos. Agregaría que donde las posibilidades son restringidas es en el plano de la investigación teórica de la literatura como sistema, es decir no en el "poner" sino en el "no poner" en relación. Al respecto pienso que no

existe una infraestructura cultural que permita hacerlo y que si lo hubiera sería un lujo. Pero esto no limita lo anterior, la posibilidad de elaborar una teoría y una práctica crítica, que, por otro lado, para aquí sólo nosotros podemos elaborar. Y no lo limita porque, en primer lugar, podemos aprovechar lo que se hace en otros lados en el plano técnico, siempre que podamos filtrar su contrabando ideológico. Y en segundo lugar porque en el análisis de la literatura no caben, como muchos suponen, dos etapas temporales, como, por ejemplo, pueden haberse dado en la lingüística: primero estudiar el sistema y luego las relaciones. En la crítica literaria, y por las características particulares y problemáticas del mismo sistema de la literatura, ambas deben ser simultáneas, dialécticamente interrelacionadas.

4.b. Si uno está en desacuerdo con el sistema no puede elaborar una queja a nivel parcial que no remita al propio sistema. Pero si lo hiciera me sentiría como afirmando que espero que ese sistema se derrumbe para hacer una crítica literaria eficiente, lo que no es así. Por otro lado todo lo que escribo lo hago como trabajo, y en este sentido estoy dentro, como casi todos nosotros, de una dialéctica entre proyecto crítico e industria cultural que relativiza todo aquello que no sea planteado, en primera instancia, como trabajo. Relación con el mercado, formas de censura o no-censura, paga y tiempo a dedicar a un trabajo, ocupación o desocupación, problemas laborales de diverso tipo, libertad o presión en el "encargo", etc., modifican, problematizan, limitan o enriquecen constantemente mi proyecto crítico. Pero si, como me lo propone la pregunta, pudiera aislar idealmente ese proyecto, podría decir que los límites no están fuera sino que son los que a nivel personal tengo o elegí tener o a afirmar que, más que lo que no puedo hacer o lo que me limita, me interesa lo que puedo hacer o dar en el campo de una crítica político-cultural centralizada en la realidad concreta de mi país. Tarea en la que he ido aprendiendo, y no sin esfuerzos y contradicciones, a no dejarme abrumar por modelos castradores, internos o externos, que me hicieran definir por la negativa.

## Luis Gregorich

1. Aclaremos, ante todo, la primera parte de la pregunta. No parece oportuno remarcar la importancia de la escuela (primaria, secundaria) en la formación de una supuesta ideología de la literatura. Lo que hace la escuela es contribuir, a lo sumo, a que internalicemos la ideología general de la sociedad capitalista en que vivimos, con su estructura de clases y su peculiar división del trabajo. Dentro de esta perspectiva, los productos de la cultura "superior", como las obras del arte y de la literatura, son el patrimonio exclusivo de una reducida minoría y el motivo de un consumo prestigioso y lujoso por parte de los sectores pudientes o de quienes aspiren a serlo o parecerlo. Nos parece que la escuela es más influyente en otros terrenos: el de las relaciones interpersonales, el de la ética social imperante. El que aprendamos a leer a la literatura como un sistema transparente y a la vez indescifrable, insignificante y a la vez "profundo", no depende sólo de una parábola que se inicia en la escuela, sino de la estructura material y de la ideología de las clases dominantes de nuestra sociedad, de las que estamos empapados, por decirlo así, desde que nacemos. Naturalmente que una de las tareas de la crítica puede consistir en una investigación genética de las variables ideológicas que forman y deforman la función de la literatura y el sentido de la lectura en nuestro ámbito social.

2. Aunque la pregunta resulte un tanto imprecisa (¿qué quiere decir "los diversos grupos"?), trataremos de desarrollarla correctamente y contestarla. Creemos que los códigos de lectura literaria pueden agruparse, en nuestra sociedad (y probablemente en cualquier sociedad), en dos grandes divisiones más o menos definidas. En primer lugar, hay un código "exógeno" según el cual el conjunto social lee la literatura que es, en este caso, pura función e institución; de acuerdo a las distintas épocas histó-

ricas, este código es lúdico, ético, estético, etc. En segundo término debe mencionarse cierto número de códigos "endógenos" según los cuales la literatura (es decir, sus productores y consumidores conspicuos) se lee a sí misma, y que tienen su propia tradición y sus propias convenciones. En la Argentina, un país capitalista semidesarrollado y dependiente, el código de lectura exógeno (que rige para la inmensa mayoría de la población) es, repitámoslo, una suerte de espacio vacío, un conglomerado de fórmulas prestigiosas que remiten la literatura al ocio o al entretenimiento de las clases altas y medias. De los códigos endógenos mencionaremos, a su vez, dos que nos parecen los más relevantes: uno que ve en la literatura un reflejo directo de la realidad, y que por consiguiente pone en su centro el compromiso político, moral y social (boedismo, realismo, populismo); otro que separa enérgicamente la literatura de la historia y que glorifica lo que considera son los valores formales immanentes de las obras (martinfierrismo, esteticismo, revista *Sur*). Desde luego, podemos encontrar una contaminación mutua de estos dos códigos. Finalmente debe citarse una especie de "subcódigo", promovido por los medios masivos de comunicación (especialmente las revistas de actualidades) cuya vigencia debe verificarse en el relativo crecimiento del público lector y en las consiguientes necesidades del consumo. La crítica, proceso decodificador por excelencia, no debe privilegiar ninguno de estos códigos, sino describirlos y poner en evidencia sus espejismos y sus determinaciones ideológicas. El código de códigos resultante ha de inscribirse, para nosotros, en una teoría más general de la comunicación y de la cultura. Algunas de las tareas críticas inmediatas en este campo son: puntualizar los equívocos y las fáciles homologaciones del código endógeno de la "transparencia", cuyo realismo es, en el fondo, puro artificio y abstracción esquemática; iluminar el contenido clasista del código endógeno esteticista, dentro del cual más que de inmanencia debería hablarse de circularidad, de confirmación interna de mensajes que se desinteresan del mundo exterior; y, por fin, aislar las trampas y falacias del subcódigo de los "medios", que indudablemente ejercen influencia en la producción y en el consumo de la literatura actual.

3. Indudablemente las relaciones existen, y la crítica puede dar cuenta de ellas. Un texto literario es, a la vez, un producto de la industria editorial (y por ello está vinculado a una actividad económica particular y también a la economía general de un país) y una elaboración intelectual y estética de un creador individual (y en consecuencia se absorbe en la tradición técnica y constructiva de la literatura). Pero es asimismo, y en

primer lugar, una *lectura*, un *uso*, una forma de *comunicación* que sólo puede recuperarse globalmente en la explicitación de esas relaciones con otros sistemas que, al fin y al cabo, concurren a determinar la historia y la transformación del hombre.

4. Empezamos por el final. Lo que limita el logro del proyecto crítico que consideramos pertinente es, ciertamente, la situación del país en que vivimos. Puesto que no se trata, sólo, de preparar un modelo teórico que recoja los rasgos típicos de la producción literaria argentina, sino también de insertar a ésta en una totalidad cultural que tenga en cuenta a las grandes mayorías populares. Mientras tanto, más que un *proyecto* necesitamos una crítica que presente combate a las formas culturales y a las estructuras sociales que defienden con desesperación las clases dominantes y que son, en sí mismas, el retrato de la alienación y la dependencia. Esa actualidad crítica, esa negatividad de la negatividad, es implícitamente el proyecto a que debemos aspirar por el momento. En cuanto a las relaciones entre los sistemas extraliterarios y el sistema textual, ¿no son ellas acaso las que constituyen al texto como vehículo lícito de comunicación? ¿Acaso sería posible prescindir completamente de ellas? El neoformalismo estructuralista ha tenido el mérito de asestar un golpe en apariencia definitivo a la transparencia del texto literario y a su legibilidad ingenua, y ha proporcionado modelos de descripción muy severos, pero corre el riesgo de confundir el fin con los medios y de transformar sus métodos descifradores en una concepción más general de la comunicación y de la cultura que sea únicamente un esquema hueco sin historia y sin relaciones materiales de producción. De la misma manera un historicismo lato sería incapaz de brindar una comprensión íntima de las obras y de mostrar cómo la historia, precisamente, es desplegada en el texto de manera insidiosa e indirecta. Crítica interna y descriptiva de la obra, pues, pero que no se agota en sí misma y que constantemente se remite y verifica en la totalidad cultural de que forma parte, además de asediar las características de la propia producción material, los mitos sociales de que se nutre, los intereses de las clases a que representa y los tácitos modelos de mundo que promueve. \*



## Josefina Ludmer

La encuesta plantea algunos problemas previos. Ante todo, un desequilibrio terminológico: no se trata de enfrentar "la producción de un texto" (es decir, el proceso de la escritura, el escribir como trabajo, pero también la producción del libro como tal, su tipografía, el gramaje del papel en que se lo imprime, el lugar donde aparece, la publicidad que lo acompaña, la respuesta o falta de respuesta de los medios: en resumen, todo el circuito de su generación, fabricación, distribución y consumo), con "la crítica". No se trata de materializar, por un lado —porque de eso se trata, de encontrar la materialidad de un proceso sin cuerpo—, utilizando la palabra "producción" y, por el otro, hipostasiar "la crítica". Negarse a escribir "la literatura" pero seguir escribiendo "la crítica" implica retirar a la primera del pensamiento burgués pero dejar a la segunda bien enclavada en él.

En segundo lugar, las dos primeras preguntas de la encuesta tienen, creo, dos fallas: están planteadas en términos binarios y se apoyan en un trabajo previo, inexistente en la Argentina. Los encuestados deben responder a ellas por sí o por no; las respuestas están implícitas en las preguntas mismas; la terminología de las preguntas y el sistema sobre el que se apoyan imponen las respuestas; si a la primera pregunta yo respondo "sí", puesto que está programada para esa respuesta, lo que haría es ratificar no sólo el problema sino el planteo del problema (que, por otra parte, se encuentra en el adelanto del libro de France Vernier, *¿Es posible una ciencia literaria?*, aparecido en *La Nouvelle Critique*, 49, enero 1972; este planteo deriva, a su vez, de *Aparatos ideológicos del Estado*, de Althusser). No es que el problema no exista, pero todavía no se lo ha abierto ni examinado: ¿qué es, exactamente, lo que se enseña en la escuela (¿primaria?) argentina respecto de la literatura? ¿Cuál es la "función" que se le asigna? ¿Existen los llamados "códigos de lectura" según las clases sociales? Si la investigación sobre esta serie de cuestiones se hubiera realizado, las preguntas con respecto a la función del trabajo crítico, en estos campos, tendrían sentido; la encuesta salta por encima de esa posible investigación y se instala en la alucinación de sus resul-

tados, solicitando a los encuestados una respuesta igualmente alucinatoria.

Preferiría, pues, atenerme a las preguntas 3 y 4. El trabajo crítico se inserta en el proceso de producción de la significación mediante la palabra escrita, tomando como materia prima uno de los sectores específicos de esa producción: el trabajo literario, *la obra literaria*. (Creo que si volvemos a aprender, desde su etimología misma, la significación de la palabra "obra", del latín *opera* = actividad del trabajador, así como *operarius* es el obrero, podríamos revalorizarla y utilizarla en su sentido estricto, despojándola de toda idea fetichista y mistificadora). El trabajo crítico es, sobre todo, una serie articulada de *lecturas escritas*.

La obra literaria es, ella misma, un eslabón de una vasta cadena, la del trabajo de producción de la significación escrita; la obra crítica se sitúa, en esa cadena, en el eslabón contiguo: toma al "objeto literario" y produce, a partir de él, transformándolo, un objeto nuevo: el "objeto crítico". Si partimos de esta premisa, todas las preguntas o problemas sobre lo "extraliterario" (preguntas 3 y 4 de la encuesta) dejan de tener sentido: en un relato, por ejemplo, están y no están presentes todos los procesos inconscientes, afectivos, económicos, sociales, ideológicos, teóricos, históricos, *transformados*, sometidos a la "presión del relato"; la producción de la significación en la zona "literatura" reorganiza y agrupa, *volviéndolos a producir*, todos los elementos que la constituyen: las obras literarias y científicas anteriores o contemporáneas, lo escrito y no escrito del agente que escribe, su inserción sociopolítica, el estado social del lenguaje, la historia y la economía del espacio desde donde escribe. *El sistema de producción de una obra*, es decir, su proceso de apropiación, transformación y reproducción de todo lo que la constituye (el inconsciente, el lenguaje, el deseo, la historia, la economía: todo lo "extraliterario") *es la obra misma, es su sistema*. Una de las funciones críticas fundamentales es, pues, el análisis de las transformaciones, de los procesos a los cuales son sometidos todos esos elementos, pero no como meros "datos extraliterarios" sino como componentes esenciales de la obra. Aquí es visible la impotencia de la llamada crítica sociológica (que todavía cubre una amplia zona del trabajo crítico argentino, pura o matizada con datos estructurales y semánticos), que traspone de un modo mecánico los datos históricos, reales, socioeconómicos e ideológicos políticos, y los "descubre" en la obra que estudia; ese sistema olvida que la producción de un texto es, precisamente, el proceso de elaboración y transformación de esos conjuntos mediante la escritura.

Del mismo modo ocurre con el

trabajo crítico: su relación con la obra literaria es tan compleja como la relación de la obra literaria con los conjuntos que la constituyen: el objeto crítico también transforma al objeto literario: el tipo de transformación que produzca determinará su eficacia, su valor y la posibilidad de su utilización. El trabajo crítico puede plantearse como un derivado, un discurso segundo, sumiso, agresivo o laudatorio de su materia prima, o puede plantearse como una verdadera elaboración, que se independiza de su objeto, lo abre a nuevas posibilidades, le otorga poderes desconocidos y lo cambia.

El crítico argentino debe tomar conciencia, hoy, de que en nuestra sociedad dependiente del imperialismo su función es muy limitada (del mismo modo que el escritor); la revolución necesaria en la Argentina no se juega en el interior del trabajo crítico. Dentro de las escasas funciones político-sociales que le caben, la que en este momento puedo pensar como esencial se desarrolla en el campo de la ideología, y esto en dos niveles mayores: el de la ideología de la obra literaria, y el de su lectura o su utilización por parte del sistema, es decir, por parte de la ideología dominante. En el interior del objeto literario, la tarea crítica consiste en poner de manifiesto su funcionamiento y su estructura, el modo de su generación y el modo de producción de la significación, el proceso de la escritura, sus dinamisismos, puesto que allí reside la ideología, no sólo con respecto a los problemas específicos de la zona "literaria" (qué es escribir, leer, qué es la ficción, qué es narrar, etc.), sino también con respecto a las otras zonas que lo componen y lo exponen (y esto a partir del análisis de las transformaciones que opera en ellas). El trabajo crítico debe rehistorizar y materializar el proceso literario.

Lo que el sistema capitalista imperialista produce es la negación de la lectura: para esto procede en varios niveles y con métodos diferentes. Ante todo, *dicta las significaciones* del objeto literario para que sean utilizadas y consumidas. Si los agentes del sistema explican a los lectores de la pequeña y gran burguesía (no hay otros por ahora) "qué dice", "qué significa", cuáles son "los valores", a quién o a qué se asemeja, por ejemplo, un relato determinado, lo encuadran, lo recuperan y lo reducen a su sistema ideológico, han cumplido con su misión. Si no pueden explicar (y esto por muchas razones) optan, por lo general, por expulsar a ese relato de su zona, por censurarlo o simplemente por callar, convirtiéndolo en un relato clandestino. La glorificación, la sacralización y el culto a lo inefable son también un modo de negar la lectura; otro es relegarla a la carrera de Letras o al ocio, al tiempo libre de que dispone la burguesía (leer novelas durante las

vacaciones); otro es consagrar la sentimentalidad o la novedad absoluta. Los agentes no sólo son los "críticos" mismos o los "especialistas" que escriben desde los periódicos, los semanarios, dictan clases desde la universidad y dan conferencias en los salones del sistema; son, también, los editores, que rechazan o aceptan un texto determinado; los escritores, que producen espejos, donde se tautologiza regocijado el burgués y, por supuesto, los lectores mismos, que niegan el trabajo de la lectura cuando consumen lo que les ofrecen las autoridades.

Lo que el sistema capitalista imperialista impone es la negación absoluta de todo *efecto* de la lectura en los que leen; impone la detención del proceso infinito de expansión de la significación escrita. El sistema dicta y congela: los grupos sometidos y cómplices eligen el engeguamiento y la aceptación del dictado, eligen la novela de supermercado, la literatura de plástico para fin de semana, el exotismo, el relato ornamentado y divertido, el libro para regalar, el *gadget* literario, la novela como trofeo de viaje, como *souvenir*, la meritocracia literaria, la ética del juego y del tiempo libre, la seudorrevolución. El sistema impone la imposibilidad de soltar el cuerpo para empezar a leer la letra; impone la división clasista de las obras (populares, cultas, exquisitas, subversivas); impone una historia de la literatura argentina en la que se autojustifica; impone antologías petrificadas, un museo sin posibilidad de revisión. La obra literaria, para esos grupos cegados, no existe: es su negación misma.

En una sociedad socialista en la que todos leyeran por igual, en la que el libro se distribuyera como el pan, en la que todos pudieran escribir, la función crítica recuperaría totalmente su sentido. Por ahora le cabe un descondicionamiento sistemático, un contratrabajo casi clandestino, que no sólo muestre la dialéctica del proceso de condicionamiento cultural (en el caso específico de las obras literarias y su lectura) que produce el sistema, sino que elabore algo así como una escuela de lectura, restaurando su materialidad, su sensación; que muestre no qué significa tal novela, sino cómo, de qué modo, por qué, mediante qué, en qué forma, qué es significar, qué es escribir, cómo podría utilizarse todo eso; en resumen, que modifique totalmente las relaciones entre la letra escrita y la visión. Así, cada lector transformaría la materia literaria, la haría de nuevo al producir su propio trabajo de lectura, pero al mismo tiempo sería transformado por ella: sentiría que la letra muerta, que la historia muerta que se le impone lo aniquila a él mismo, y que si las revive con su trabajo, esa letra y esa historia pueden ser uno más, de los tantos caminos, que lo lleven a cambiarse a sí mismo y a la sociedad.

## Angel Núñez

1. Entiendo que la crítica literaria forma parte de la crítica de conjunto a toda la cultura liberal. Es evidente que la colonización pedagógica es un instrumento eficaz de la cultura liberal, que incide en la formación de una persona desde los primeros años de su educación sistemática. Ante tal situación, entiendo que la crítica no sólo no debe desestimar este problema, sino que debe atenderlo cuidadosamente. De todas formas, considero que la eficacia pedagógica en este campo depende de la posibilidad de instaurar un nuevo sistema de enseñanza, para lo cual es necesario el acceso del pueblo al poder.

2. Admitiendo como correcta la existencia de varios códigos de lectura, la pretensión de que la crítica pueda tener un código propio no es, a mi juicio, válida. Porque la crítica liberal, o la crítica de izquierda, o la crítica nacional tienen códigos diferentes entre sí. Los lenguajes más rigurosos que utilizan las respectivas críticas son dialectos técnicos adscritos a los diferentes códigos, y nada más que eso. Desde el punto de vista nacional rescatamos, por ejemplo, la lectura del Martín Fierro realizada por los trabajadores rurales desde 1872 en adelante, y la que posteriormente realizó y realiza la clase trabajadora urbana. La crítica destaca la validez de esas lecturas —que tienen matices impuestos por el eje temporal—, y explicita científicamente su corrección, pero pertenece al mismo ámbito del código usado. Lo mismo podría decirse de críticas vinculadas con enfoques pequeño-burgueses o de clase media colonizada, etc.

La metodología de análisis es un *metalenguaje* con sus propias leyes lógicas (Greimas habla de algo casi impronunciable: un meta-metalenguaje); considero que esas leyes lógicas que vertebran los lenguajes críticos no escapan al orden ideológico. O sea que cada metalenguaje toma partido dentro del enfrentamiento que se produce en la cultura argentina.

3. La crítica intenta explicitar esas relaciones. Esa es su tarea específica, y a partir de ellas puede valorar los objetos literarios. El importante avance metodológico ocurrido en este campo en el siglo XX facilita nuevas herramientas para ese trabajo, y es función de la actual crítica argentina adaptar esos elementos a nuestra propia cultura, estructuralmente distinta de las de los países centrales.

4. Vinculando esta pregunta con

mi respuesta a la anterior, yo diría que nuestras posibilidades están ampliadas enormemente con respecto a las de la crítica de quienes se formaron en la estilística o la tradicional escuela de la erudición filológica. Sin embargo, la tremenda dificultad es que tenemos conciencia de la inutilidad de *copiar* métodos europeos o yanquis para nuestra crítica de la cultura liberal que nos domina. Es necesaria una experiencia de adaptación y de posterior prueba de eficacia para nuestros fines, y eso implica una ardua tarea científica. Dada la colonización pedagógica que todos hemos padecido, uno de los problemas principales consiste en no caer en posturas científicas que pueden tentarnos por su rigor (esto se ve claro con el estructuralismo), o en la copia de categorías de análisis que no se adaptan a nuestra contradictoria situación cultural, propia de un país dependiente, donde las funciones sociales difieren a veces en forma importante de las de los países centrales.

El proyecto a realizar podría sintetizarse así: hacer desde nuestro actual enfoque liberador, que es el peronismo, una revisión metodológicamente rigurosa de toda nuestra literatura, entendiéndola en función de la lucha por la afirmación de la cultura nacional, y teniendo en cuenta la compleja mediatización que caracteriza a las obras de arte. Paralelamente habría que rescatar la producción popular —génesis de toda la "alta cultura"—, una producción que la oligarquía se apropia y resemantiza desde sus propios intereses.

A las dificultades técnicas ya señaladas, debe agregarse que las universidades están cerradas a este tipo de trabajo; como el Consejo de Investigaciones Científicas y otros organismos tampoco lo apoyan, la tarea se transforma en una heroica empresa individual o de grupos reducidos. Aun así el trabajo se va realizando, y sería absurdo y europeísta pretender hacerlo con comodidad o con una coherencia lineal. Debemos tener en cuenta que éste es uno de los frentes —y no es de los más difíciles, por cierto—, en los que se desarrolla cotidianamente la lucha del país por su liberación. \*

## Ricardo Piglia

1. Parafraseando a Gramsci podríamos decir: "todos los que saben escribir son escritores", ya que alguna vez en su vida han practicado la escritura. Lo que no hacen es cumplir en la sociedad la *función* de escritores. A mi juicio, preguntarse por esta "función" es (aparte de tener

en cuenta sus efectos ideológicos) analizar los códigos de clase que decretan la propiedad de lo literario a partir de un recorte, que en el conjunto de los textos escritos, señala como "literatura" a un cierto uso privado del lenguaje. Habría que investigar el modo en que esta función particular se define, cómo se va diferenciando hasta terminar siendo el soporte de una cierta Institución —la Literatura— cuyo sentido es el de imponer como "universal" un determinado estilo de clase de manejar el lenguaje. Para mí la "literatura" no está en otro lado que en este uso social, en esta lectura que al mismo tiempo que ordena la distribución de los textos en el mercado, decide y afirma las condiciones de producción que hacen posible la escritura. Y justamente estas condiciones de producción son lo que la crítica burguesa trata de ocultar, borrando la marca del trabajo para hacer aparecer el carácter "divino" del valor. Invertir este procedimiento mistificado significa echar las bases de una crítica materialista, capaz de descifrar el conjunto de circunstancias materiales en las que se despliega un proceso de producción y a la vez analizar los distintos "contratos sociales" que se interponen entre un texto y su lectura.

2. En Argentina, la función de la crítica burguesa no es otra que la de crear los protocolos de lectura que

permitan *manejar* un texto aun antes de haberlo leído: como el dinero es quien, en realidad, financia la legalidad de este procedimiento ordenando el acceso a la "cultura", las clases populares están, siempre, más acá de esa lectura que discrimina y decide el curso legal de la literatura: su lectura "salvaje" es una apropiación que unifica al conjunto de los textos (historietas, fotonovelas, periodismo amarillo, revistas deportivas, literatura de kiosko, etc.) en el espacio común de una "lectura indiscriminada" donde quien lee "pierde el sentido", en favor de un saber falsificado que no da ganancia: esta "pérdida", es el lugar desde donde es preciso partir para construir una crítica práctica de los usos sociales de la legibilidad que las clases dominantes tratan de imponer como "naturales" y "eternos". En una sociedad en lucha de clases, cada clase tiene su "literatura", es decir, su "estética", su "crítica", su "poética", apoyarse en las contradicciones de una cultura de clase es un modo de luchar por una nueva práctica de la cultura, eludiendo las mistificaciones iluministas de cierta crítica "de izquierda" (a la manera de H.P. Agosti) que trata de borrar el carácter antagónico de las contradicciones para ilusionarse con los momentos "progresistas" de una cultura burguesa que se intenta "reformular", ejerciendo una educada oposición "interna" que respeta y sacraliza los códigos de dominación.

3. Pienso que en este terreno hay que tener en cuenta, antes que nada, una distinción de Marx: lo fundamental del proceso de producción no es tanto crear productos (en este caso "obras literarias") sino producir el sistema de relaciones, los vínculos sociales que ordenan la estructura de significación dentro de la cual la obra se hace un lugar que la condiciona y la descifra. En este sentido, el problema de las relaciones entre distintos sistemas se puede resolver a partir de esa instancia determinante —la producción— siempre que no se deje de lado la cuestión del desarrollo desigual de la práctica social del que habla Mao, es decir, siempre que se tenga en cuenta la articulación entre la diferencia específica que distingue y diferencia a cada práctica (económica, política, ideológica, literaria, etc.) y el momento común que las ordena sobre la base de ciertas leyes y condiciones generales.

4. En mi caso estoy trabajando desde hace un tiempo en el análisis de las relaciones entre literatura y dependencia a partir de la *traducción* entendida como modo de apropiación y como génesis del valor. De esta manera se trataría de hacer ver, —en este procedimiento ideológico de reproducción de las relaciones con el imperialismo como equivalente general— cómo se constituye un sistema literario en el que la dependencia funciona a la vez como condición de producción y como espacio de lectu-

ra. En relación con las tendencias actuales de la crítica argentina, habría que decir que el populismo hoy de moda entre los intelectuales, banaliza al uso de los medios masivos de comunicación este problema y hace de la dependencia una suerte de espejo deformado, donde en realidad lo único que se exhibe es el carácter colonizado de un pensamiento que intenta "ser nacional" en el esfuerzo de mostrar su *diferencia*.

Por último —y en relación con "los límites" a que alude la pregunta— pienso que hay que ligar el trabajo crítico con una instancia específicamente política, ligarse orgánicamente a la lucha de las masas y tratar de articular la especificidad de cada campo particular con el conjunto de la práctica revolucionaria. Quiero decir, hay que oponerse a la ilusión pequeño burguesa del "robinsonismo" que trata de definir la producción en términos individuales, haciendo del intelectual (de su "compromiso", de su "sinceridad") el escenario de la problemática. Descenrar esta cuestión y poner la lucha de clases en el centro del debate, significa en este nivel enfrentar una tradición arraigada en la crítica de izquierda que nos acostumbró a ver en los textos —antes que un síntoma o un tejido de relaciones— el resultado de una decisión libre y elegida, donde el crítico y el escritor se disputaban, en privado, la razón y el lugar del "sentido".

## NOVEDADES 1972



### NOVELISTAS DE NUESTRA EPOCA

- Jorge Amado: *Tienda de los milagros*, 328 págs., \$ 16,00.  
 Miguel Angel Asturias: *Viernes de Dolores*, 320 págs., \$ 17,50.  
 Raymond Queneau: *El problema*, 280 págs., \$ 14,50.  
 Antonio Olinto: *La Casa del Agua*, 320 págs., \$ 18,00.  
 Jorge Icaza: *Atrapados*, tres volúmenes, \$ 40,00.  
 Eduardo Gudiño Kieffer: *Guía de pecadores*, 398 págs., \$ 24,00.  
 Luis Mario Lozzia: *Retrato reservado*, 128 págs., \$ 24,00.

### POETAS DE AYER Y DE HOY

- Pablo Neruda: *Geografía infructuosa*, 160 págs., \$ 14,00.  
 Silvina Ocampo: *Amarillo celeste*, 144 págs., \$ 12,00.

### LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA

- Crane Brinton: *Historia de la moral occidental*, 558 págs., \$ 80,00.

### LAS LITERATURAS DEL MUNDO

- Raffaele Cantarella: *La literatura griega de la época helenística e imperial*, 484 págs., \$ 40,00.  
 Riccardo Picchio: *La literatura rusa antigua*, 340 págs., \$ 27,00.

### HUMORISMO

- Silvio Baldessari: *Simbiabá*, \$ 9,50.

### COLECCION CUMBRE

- Jean-Paul Sartre: *Obras II. Teatro y estudios literarios*, 1.170 págs., \$ 100,00.  
 Pablo Neruda: *Libro de las odas*, 972 págs., \$ 80,00.

**EDITORIAL LOSADA** S.A. ALSINA 1131 - Bs. As.

Montevideo - Santiago de Chile - Lima - Bogotá